

SANTA FRANCISCA, VIUDA

DÍA 9 DE MARZO

P. Juan Croisset, S.J.

Santa Francisca, que con razón puede proponerse por modelo de virtud á todas las mujeres cristianas de cualquier estado y condición que sean, nació en Roma el año 1384. Así su padre, Pablo de Bruxis, como su madre, Jacobina Rofredeschi, eran de casas ilustrísimas y antiquísimas. Apenas nació al mundo, cuando se conoció bien que nacía destinada únicamente para el Cielo. La paciencia, la dulzura de su natural, el amor á la pureza en una edad en que apenas se había desembarazado la razón, pronosticaban cuánto había de sobresalir con el tiempo en todo género de virtudes.

Desde niña repararon todos el amor que profesaba á la soledad, al retiro y á la oración; y á los once años tomó la resolución de encerrarse en un monasterio, y de consagrarse á Dios enteramente; pero sus padres, que tenían otras ideas, sin consultar su inclinación, la casaron, cuando apenas contaba doce años, con un caballero romano, joven, rico, noble, y de prendas muy sobresalientes, llamado Lorenzo de Poncianis.

Empeñada ya y ligada al matrimonio, sólo pensó en santificarse en él. Persuadida á que la verdadera devoción consiste en cumplir cada cual perfectamente con las obligaciones de su estado, dedicó toda su aplicación á no omitir alguna de las correspondientes á aquellas en que se hallaba colocada por la Divina Providencia.

Pocos matrimonios se han visto más felices, porque se han visto pocos tan santos. La estimación, el amor y el respeto eran recíprocos; la paz y la unión inalterables: cuarenta años vivieron juntos, sin que en todo este tiempo hubiese habido la menor desazón ni la más mínima tibieza.

El principal objeto de su atención era su familia. Habiéndola dado Dios un hijo y una hija, estuvo muy lejos de fiar á otros el cuidado de su educación, persuadida á que ésta era la primera obligación de una madre cristiana. Desempeñóla tan cabalmente, que su hijo murió con fama de santidad en la edad de nueve años, y la hija, que sólo tenía cinco cuando murió, estando para expirar exclamó que estaba viendo á su hermano resplandeciente como un sol, que la convidaba á que fuese á gozar de la misma gloria.

Era imponderable la atención con que velaba sobre sus domésticos, el agrado y la bondad con que trataba á los que la servían. Mirábalos como á hijos, y á todos los servía ella como amorosa madre. Cuando caía enfermo algún criado suyo, nunca permitía que le llevasen al hospital. *Si vamos á los hospitales, decía la Santa, á servir á los pobres extraños, ¿por qué no hemos de servir dentro de casa á nuestros criados enfermos?*

Desde el primer día de su boda se puso entredicho á la concurrencia de espectáculos, festines y diversiones mundanas, sin hacerle fuerza el verse moza, rica y de nobleza tan calificada. Solía decir que por ser rica y por ser noble no dejaba de ser cristiana; esto es, que no por eso se consideraba menos obligada á vivir según las reglas del Evangelio; y, en conclusión, que habiendo de seguir algunas máximas, no conocía otras mejores que las de Jesucristo.

Aunque era tan grande el amor que profesaba á la oración, en la cual regularmente recibía singularísimos consuelos, sabia interrumpirla sin impaciencia y sin enfado, siempre que la obligación la llamaba á otra parte, mostrando el Señor cuan grata le era esta disposición de ánimo por un suceso milagroso. Rezaba un día con su acostumbrada devoción el Oficio parvo de la Santísima Virgen, y en un solo verso la interrumpieron cuatro veces, dejándole todas cuatro sin dar la más leve seña de impaciencia. Cuando volvió la cuarta vez á comenzar el mismo verso, le halló escrito con letras de oro: lo que no se hubiera sabido, si la persona que se hallaba allí casualmente, y fue testigo de la maravilla, no la hubiera publicado.

El año 1413 entró en Roma Ladislao, rey de Nápoles durante el cisma que afligía y destrozaba la Iglesia. Vio Francisca saqueada su casa, confiscados sus bienes y desterrados de la ciudad á su marido y á su cuñado Paulucci. Padebió esta desgracia con admirable constancia, hasta que, pasada aquella tempestad, se levantó el destierro al marido, se le restituyeron los bienes y volvió á su antigua prosperidad la familia. Aprovechóse Santa Francisca de la buena disposición en que se hallaba su esposo, y le persuadió fácilmente á que en adelante viviesen como hermano y hermana, entregándose del todo á la oración y al ejercicio de las obras de misericordia.

A vista de la virtud amable de nuestra Santa, con sus discretas y piadosas conversaciones, pero mucho más con sus ejemplos, perdieren el gusto del mundo muchas doncellas y viudas jóvenes, por la mayor parte personas de calidad. Inspiróla, pues, el Señor el pensamiento de fundar un monasterio de oblatas, esto es, de vírgenes y matronas que, deseosas de renunciar las vanidades del mundo, se dedicasen enteramente á servir á Dios.

Como por parte del marido nunca hallaban embarazo estas piadosas ideas, antes bien encontraba siempre en él toda la docilidad que podía desear, emprendió aun en vida suya la fundación del monasterio que fue, y es el día de hoy, uno de los más ilustres y de los más santos de la Iglesia, donde gran número de doncellas y señoras de la primera nobleza renuevan en sus personas el generoso desprecio de las vanidades y de las grandezas mundanas, y con el ejercicio de las mayores virtudes retratan fielmente á nuestros ojos la de su santa fundadora, cuyo espíritu conservan con singular perfección.

Fundó Santa Francisca este piadoso monasterio el año de 1425, bajo la regla de San Benito, añadiendo algunas constituciones particulares, que ella misma escribió de su mano, y cinco ó seis años después las aprobó el papa Eugenio IV, poniéndose este nuevo orden bajo la protección de la Santísima Virgen. Fue tanto el número de doncellas que abrazaron desde luego este devoto instituto, que fue preciso edificar otro monasterio más capaz. Dióseles el nombre de *Oblatas*, porque en lugar *de profesión*, como las demás religiosas, solo hacen *oblación*.

Pocos años después perdió Santa Francisca á su cuñada Vannoccia, mujer de Paulucci, compañera inseparable suya en la mayor parte de las obras de caridad, é imitadora fiel de sus virtudes. A la muerte de la cuñada se siguió la de Lorenzo Poncianis, su marido, que sucedió el año de 1436. Viéndose con esto desembarazada nuestra Santa de todo lo que podía detenerla en el mundo, se fue á encerrar prontamente en su monasterio de las Oblatas, pidiendo de rodillas á sus propias hijas que la recibiesen, no como fundadora, sino como la más inútil criada de la casa. Tomó el hábito de religiosa, é hizo su oblación el mismo día de San Benito

del año de 1437.

Salía ella misma fuera de la ciudad á buscar la leña necesaria para la casa, trayéndola unas veces á cuestas y otras sobre un jumento, que conducía por las calles más públicas de Roma. Veíanla en la oración ordinariamente arrebatada; y en estos maravillosos éxtasis la revelaba el Señor los misterios más oscuros, ilustrándola con luces sobrenaturales. Concedióla el don de profecía, el de penetrar los corazones, y también el de los milagros.

Viéndose obligada á admitir el oficio de superiora, no por eso alteró su humildad ni su recogimiento, y sólo sirvió para manifestar más su santidad por gran número de milagros. No hallándose en toda la casa más que tres mendrugos de pan para ochenta religiosas, luego que echó la bendición á la mesa hubo bastante para todas. Trabajando un día en cierta viña con las hermanas, y no encontrándose agua para apagar la sed que las afligía, se vieron las cepas cargadas de racimos frescos, aunque era por el mes de Enero. Respetábanle las tempestades y las lluvias, sin tocar á su persona cuando la cogían en campo descubierto. El príncipe de las tinieblas hizo los mayores esfuerzos para espantarla, para acobardarla y aun para engañarla. En fin, su vida fue una eslabonada cadena de portentosas virtudes y de asombrosos prodigios, por donde fácilmente se comprenderá qué preciosa fue su dichosa muerte á los ojos del Señor.

Prevínola de su cercanía una violenta fiebre, que la acometió y puso en consternación, no sólo á sus hijas, sino á toda Roma; sola Francisca estaba llena de gozo viendo acercarse el feliz momento que la había de unir con su Dios. Pronosticó que moriría el jueves, como sucedió el día 9 de Marzo de 1440, á los cincuenta y seis años de su edad. Los milagros que obró en vida y en muerte determinaron al papa Paulo V á canonizarla el

año de 1608, haciendo la función con la solemnidad correspondiente á la gran veneración que todo el mundo cristiano profesaba de muy largo tiempo á esta celebérrima Santa.

La Misa es en honra de Santa Francisca, y la oración de la Misa es la que sigue:

¡Oh Dios, que entre otros admirables dones concediste á tu sierva Santa Francisca la gracia de conversar familiarmente con su ángel! Suplicámoste que por su intercesión nos concedas que algún día merezcamos alabarte en compañía de los mismos espíritus celestiales. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la primera del apóstol San Pablo a Timoteo, cap. 5.

Carísimo: Honra á las viudas, que son verdaderamente viudas. Mas si alguna viuda tiene hijos, ó sobrinos, aprenda primero á gobernar su casa, y pagar lo que debe á sus padres: porque esto es acepto delante de Dios. Aquella que es verdaderamente viuda, desamparada y abandonada, espere en Dios, é inste con plegarias y oraciones día y noche. Porque la que vive en delicias, viviendo está muerta. Y mándalas esto para que sean irreprochables. Y si alguno no cuida de los suyos, especialmente de los que son de su casa, negó la fe, y es peor que un infiel. Elíjase la viuda de no menos que sesenta años, que haya sido mujer de un solo marido, y que testifique con las buenas obras si ha educado á los hijos, si ha ejercitado la hospitalidad, si ha lavado los pies á los santos, si ha socorrido á los que padecían tribulación, si se ha ocupado en toda obra buena.

REFLEXIONES

La viudez es un estado de luto, de privación y de retiro. Querer alegrarse, tomar gusto á las diversiones, exponerse demasiado al aire del mundo, es salir de su estado. Repartiendo San Gregorio, papa, á todos los fieles en diferentes clases, declara que las viudas pertenecen á la segunda. Realmente, siempre han logrado en la Iglesia un lugar muy distinguido. (*In I Reg.*, cap. iv.) El mismo Dios quiso llamarse en la Escritura Protector de las viudas, pero de aquellas que lo son verdaderamente, como dice San Pablo; esto es, de las que con su circunspección, con su piedad, con su modestia, con su retiro sustentan el honor de su viudez.

¡Qué indignidad, qué poca edificación es ver á algunas viudas mozas volver á engolfarse en el mundo después de haber sido sacadas de él por un golpe de la Divina Providencia, que principalmente se dirigía á su eterna salvación, rompiendo con tiempo las dulces cadenas que las aprisionaban! ¡De cuántos escollos las había apartado este dichoso golpe de tempestad! Deshizo el Señor los lazos que las aprisionaban: ¡qué lástima, volver á fabricarse nuevas cadenas! Restituyóse dichosamente á su antigua libertad, ¡y no sosiega hasta volverse á ver en nueva servidumbre! Pocas segundas nupcias hay sin mucho arrepentimiento.

La, viuda que se da á las diversiones, es muerta con apariencias de vida. ¡Qué poco se gusta hoy en el mundo esta verdad! Pero ¿dejará de ser menos verdad porque guste poco al mundo? Las diversiones mundanas son perniciosas á todo género de personas; pero infaliblemente tienen más veneno para las de ciertos estados. No siempre es visible, ni se sigue prontamente la muerte del alma; pero no son menos dañosos ni menos mortales los venenos lentos que los ejecutivos.

El Evangelio es del cap. 13 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el Reino de los Cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y, muy gozoso de ello, va y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. También es semejante el Reino de los Cielos al comerciante que busca piedras preciosas y, en hallando una, fue y vendió cuanto tenía y la compró. También es semejante el Reino de los Cielos á la red echada en el mar, que coge de toda suerte de peces, y estando llena la sacaron y, sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Habéis entendido todo esto? Respondieronle: Sí. Por eso, todo doctor instruido en el Reino de los Cielos es semejante á un padre de familia, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACIÓN

De las adversidades.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no hay cosa más común ni menos conocida que las adversidades. En todas partes se hallan, y en todas se miran como puras desgracias. Con todo eso, ninguna adversidad hay que no pudiera ser muy útil, si se considera bien lo que vale.

Los santos las estimaron siempre como favores. Ellas sirven de contraveneno á las pasiones; su amargura es un especial remedio contra el amor propio: no hay medicina más eficaz para curar las ilusiones del corazón y la ceguera del alma. La prosperidad embriaga, ó por lo menos deslumbra. Es muy dificultoso que el corazón no se ablande, cuando todo se le ríe, cuando todo le halaga y le lisonjea. Las adversidades hacen perder el gusto á las

criaturas; contienen el admirable secreto de hacernos sensibles y deliciosos los bienes espirituales.

Si somos buenos, las adversidades nos son útiles; si somos malos, nos son necesarias.

Huyese de las cruces; mas no importa; ellas sabrán encontrarnos. En todas partes nacen, porque en todas están sembradas, y dentro de nosotros mismos llevamos las raíces. No hay que pensar en evitarlas, sino en aprovecharse de ellas. En llevándolas con paciencia se hacen más ligeras, y en llevándolas con alegría se hacen más dulces.

El primer fruto de las adversidades es la humildad. Nunca se conserva mejor la inocencia que entre las espinas. Son el sendero más derecho, y también el más breve, para ir al Cielo. Siendo esto así, ¡ se miran con horror los trabajos! ¡ Dios mío, qué error tan común! Pero ¡qué error tan pernicioso!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que es verdaderamente digno de admiración que un hombre que tiene fe no comprenda el precio y la indispensable necesidad de los trabajos. Penetra bien el sentido de estos oráculos: *El que no lleva su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo. (Luc., 14.) Si alguno quisiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, tome cada día su cruz y sígame; porque el que quisiere salvar su vida la perderá, y el que la perdiere por Mí la salvará.* Jesucristo es el que habla de esta suerte. Cuando llevamos las cruces con disgusto, cuando tratamos de desgracias á las adversidades, cuando bramamos á vista de la humillación y de los trabajos, ¿creemos seriamente las palabras de Jesucristo?

Muchos beben cada día, pero sin pensar en ello, el

cáliz del Salvador. Tantas desgracias que les suceden, tantas injusticias como les hacen, tantas persecuciones como padecen. ¡Cuántos disgustos hay que tragar, cuántas contradicciones, cuántas mortificaciones, cuántas zancadillas, cuántas pesadumbres, cuántas enfermedades que no se pueden evitar! El que se halla humillado, súfralo con paciencia y con resignación; padezca con sumisión y con acción de gracias. Entonces los trabajos no sólo serán meritorios, sino que le servirán de consuelo: el cáliz no será amargo, y solamente se encontrará en él dulzura y suavidad. Así lo experimentó dichosamente Santa Francisca.

i Ah Señor, y cuánto siento no haberme sabido aprovechar hasta ahora de este tesoro escondido! Muchas veces he bebido del cáliz sin saber que era vuestro. Yo prometo, Señor, con toda la confianza que me inspira vuestra divina gracia, mirar en adelante con respeto las adversidades. Dignaos darme aliento para ello.

JACULATORIAS

Bueno es, Señor, para mí que me hayáis humillado, porque así aprenderé á guardar vuestros Mandamientos.—Ps. 118.

Sí, mi Dios: en los golpes que descargaréis sobre mí, encuentro yo mi mayor consuelo.—Ps. 22.

PROPÓSITOS

1. Tenemos un gran Pontífice, dice San Pablo, que sabe compadecerse de nuestros males, y, para sentirlos más, quiso primero experimentarlos en su Persona. Compadecióse de su pueblo en el desierto ; enternecióse al ver el luto de la viuda de Naím; lloró sobre el sepulcro

de Lázaro. Pero, si se lastima tanto de nuestros trabajos, ¿en qué consiste que guste de ver metidos en ellos á los que más quiere? Aquí hay sin duda misterio. Es que los trabajos, las humillaciones, las aflicciones nos son útiles, nos son necesarias. Toda prosperidad es sospechosa, y por lo menos arriesgada. Pocas virtudes dejan de bastardear en medio de una larga prosperidad. Corrige un modo de hablar muy común, pero poco cristiano, que se estila hoy en el mundo: guárdate bien de llamar desgraciados á los que padecen trabajos. Las cruces, ya sean castigo, ya sean prueba, siempre son respetables en comenzando á ser cruces.

2. Imponte como ley dar siempre gracias á Dios, así en la prosperidad como en la adversidad. Si recibimos como venidas de la mano de Dios las prosperidades, ¿por qué no recibiremos como venidas de la misma mano las adversidades? Bien se puede recurrir á los santos para conseguir de Dios por su intercesión que nos preserve de ciertos contratiempos, que nos libre de ciertas enfermedades ; pero siempre ha de ser con el correctivo de si conviniere para mayor gloria de Dios y bien de nuestras almas. Con este mismo espíritu debes pedir al Señor, por intercesión de Santa Francisca, aquellas gracias que juzgues necesarias. Sin la virtud de la paciencia no puede pasar el cristiano.